



NUM 41. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 10 DE OCTUBRE DE 1869. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



De día en día, lejos de atemperarse á las circunstancias, aumenta la acritud del partido ultra-montano en Francia. Con motivo de la carta del padre Jacinto, tan noble como mesurada, una lluvia de invectivas é insultos han lanzado ciertos periódicos de París y de Italia contra

el venerable orador de Nuestra Señora. El prelado Mr. Dupauloup le escribió persuadiéndolo de que fuese á Roma y allí se echase á los pies del pontífice, implorando el perdón de su culpa. La respuesta del padre Jacinto fue que donde no existe culpa es superfluo el perdón, y que él solo se ha limitado al cumplimiento de su deber. Se espera con ansiedad la publicación que tiene anunciada sobre el clero, su naturaleza en la sociedad y obligaciones á que está sujeto.

La emperatriz Eugenia llegó á Venecia, siendo recibida con entusiasmo. Allí se detendrá unos días antes de proseguir su viaje diplomático, para el cual su esposo le ha señalado el término de dos meses, debiendo al cabo de ellos regresar á su palacio. El emperador, agravado en sus habituales dolencias, no ha podido pasar á Compiègne y retarda su partida á Niza donde por consejo de los facultativos se propone habitar la temporada del invierno próximo hasta bien entrada la primavera. Las Cámaras legislativas francesas están convocadas oficialmente para el 29 de noviembre: el mismo *Diario oficial* publica el nombramiento de senador con que ha sido agraciado el príncipe Tayllerand-Périgord, uno de los más importantes personajes políticos del vecino imperio.

Siguen la policía y la prensa francesa ocupándose

con ardor del espantoso crimen cometido en la desgraciada familia Kincke, cuyos cadáveres se van descubriendo y sólo á estas horas falta el del padre. El asesino Troppman está preso ya y otras personas sospechosas, que parecen ser sus cómplices. Los restos de las víctimas han sido llevados á su país natal, y en todas partes se celebran misas y funerales por sus almas.

En vista de la actitud de los republicanos tan funesta para la consolidación de la libertad, los isabelinos y carlistas están llenos de gozo y van reanimando sus abatidas esperanzas; pues conoce que todo país entregado á la anarquía, se halla próximo á sufrir el yugo de cualquier déspota. Como prueba de que así lo consideran, puede citarse el hecho de haberse incorporado no pocos carlistas á las partidas republicanas y haber recibido estas varios socorros de sus hoy encubiertos, pero siempre acérrimos enemigos. Sin embargo, á medida que se levantan y aparecen, van siendo batidas y disueltas, y ya se hallan en vísperas de su terminación. Los excesos cometidos en varios lugares, como en Valls, por dichas partidas y los impuestos forzosos han perjudicado mucho á los republicanos y á la causa que defienden. Sólo consiguen penetrar en pueblos de corto vecindario donde no pueden impedirlo; pues cuando las poblaciones cuentan con algunos medios de resistencia no se dejan imponer por los cabecillas. Estos ofrecen la particularidad de que al frente de los carlistas eran clérigos, y al frente de los federales son diputados de las Constituyentes. En cuanto á los apóstoles revolucionarios que iban alborotando los ánimos de una en otra provincia, han tenido á bien quedarse casi todos en sus casas; lo cual sin duda es más higiénico y ménos espuesto á percances. Esta reconocida prudencia hubiera sido antes más patriótica y, sobre todo, más digna que en las actuales circunstancias.

Abiertas las Cortes bajo la presidencia del señor Rivero, la minoría se ha presentado en queja, representada por sus oradores los señores Pi y Margall, Castelar y Figueras; pero el vigoroso discurso del señor Sagasta cayó sobre ellos con la fuerza irresistible de la verdad, siendo aplaudido hasta por los mismos republicanos que llenaban las tribunas; habiéndose retirado la minoría hasta el próximo lunes en que, según tienen anunciado, presentarán acta de acusación contra el gobierno.

La verdad es que el actual estado político no puede ni debe prolongarse, haciéndose cada día más necesaria una solución que ponga término á las actuales complicaciones; pues las personas acaudaladas emigran, los capitales se retiran de la circulación, y donde no há mucho tiempo se notaba la actividad industrial y mercantil, se observa hoy una paralización sensible en todos los negocios. Creemos que con energía y patriotismo se logrará conjurar tamaños males, disipando las nubes tempestuosas que se acumulan en nuestro cielo político y social.

Con oportuno acuerdo se ha diferido la cuestión de monarca, dirigiéndose principalmente las miras del gobierno á la seguridad del orden, pues ni un trono, ni otra institución cualquiera que sea, puede levantarse con solidez sobre un terreno trastornado á cada instante por fuertes sacudimientos.

La insurrección cubana decae ya visiblemente, y según todas las apariencias, pronto llegará á su término. Se han enviado de la Península nuevos refuerzos de hombres, armas y vestuarios á los que allí sostienen la bandera nacional con tanta honra; cuyos auxilios hacen que las comunicaciones entre las varias ciudades de la Isla se hallen expeditas y los rebeldes más reconcentrados en sus bosques. La alocución de Céspedes y las violentas medidas que ha tomado, sirven tan sólo para enagenarse las simpatías de los naturales y para mostrar el desaliento cada vez mayor que se apodera de sus partidarios. No permite volver á su país á ninguno de los expedicionarios procedentes de los Estados Unidos, á quienes según cartas publicadas en Filadelfia, da malísimo trato hasta el punto de abandonarlos cuando están enfermos ó heridos, y desahoga su impotente cólera incendiando las posesiones que logra sorprender; pero los labradores y colonos de varias fincas han rechazado no pocas veces sus injustas agresiones. La estación entrante, más benigna en aquel clima y menos ocasionada á enfermedades, permitirá que nuestras valientes tropas terminen la insurrección, conservando á la madre patria una de sus más ricas é importantes provincias.

Parece que el atropellado movimiento con que se presentan y suceden los acontecimientos políticos no dejan lugar á las publicaciones de obras notables bajo el concepto didáctico, moral ó artístico; pues dichas obras son propias de épocas normales y tranquilas, en

que pueda fijarse en ellas la atención pública. En cambio, los periódicos y folletos menudean como granizo, y no pasa día sin que algunos nuevos se presenten a son de bombo y platillo, para recaer luego en la oscuridad y olvido que regularmente merecen por su poca entidad. Solo el citar sus nombres sería prolija tarea, y todas las horas del día y de la noche no bastarían para hojearlos. Yá que otros ramos de la industria se paralicen y decaigan, por lo menos el de la imprenta logrará alguna actividad y desarrollo.

En Valladolid se ha celebrado el Congreso agrícola de que hablábamos en nuestro número anterior. Asistieron unos trescientos asociados de diversas provincias y algunos representantes extranjeros. Comenzó el acto por una extensa memoria del señor Cañas, pronunciándose después luminosos discursos en varios sentidos. En seguida se pusieron á discusión las bases del reglamento con toda madurez y estudio; siendo una de las cláusulas que en él dejó consignadas la asamblea, que no pudiera tratarse de política en las sucesivas reuniones, sino única y exclusivamente de los medios más eficaces para promover en nuestro país el desarrollo agrícola. Nos parece muy acertada semejante resolución.

Los periódicos tributan los mayores elogios á la señora Marini, que obtuvo una verdadera ovación la noche de su beneficio, especialmente al final del acto cuarto. Bueno es que los verdaderos artistas despierten y aviven el sentimiento de la belleza en el público, apartándolo de esos espectáculos grotescos y á veces indecentes, que son un insulto á la moral y á las bellas artes.

N. C.

GUTENBERG.

I.

Conmoviase el mundo, hácia la mitad del siglo XV, con una de esas conquistas maravillosas de la inteligencia que marcan con etapas de gloria el paso de los hombres sobre la tierra: JUAN DE GUTENBERG Y GENSFLEICH, ciudadano de Maguncia, ofrecía á su patria el descubrimiento de la IMPRENTA.

Arte admirable, revelado sin duda por algún genio benéfico—según la poética frase de Melancton—para que corriesen por el mundo, cual aristas que el huracán arrastra, los pensamientos de los hombres; poderosa palanca, verdadera realización del atrevido sueño de Arquímedes—al decir del filósofo Bacon—que, andando los tiempos, habría de remover las leyes y las costumbres, las sociedades y las religiones; potencia creadora, casi infinita, tanto como pueden serlo las obras de los hombres, comparada por el profundo Leibnitz, en una brillante hipérbole, con el ojo del Eterno, que, ocultándose en la inmensidad del espacio, registra cuidadoso hasta los ángulos más apartados del globo.

Tal es la IMPRENTA.

Oscuro y pobre hidalgo era GUTENBERG, que había abandonado su espada sin gloria y sin riqueza para dedicarse á la fabricación de espejos y al pulimento de piedras preciosas, á trueque de ganar honradamente su subsistencia, cuando tuvo, en 1440, la revelación primera, aunque imperfecta, de su descubrimiento futuro.

Asocióse, en 1452, á Juan Faust, propietario de Maguncia, y á Pedro Schoiffer, de Gernsheim, hábil pendolista al servicio de Faust, para dar feliz remate á la atrevida empresa que había comenzado ya á poner en práctica, en los rincones más escondidos de su humilde laboratorio (1).

Los esfuerzos de los tres dieron por resultado las primeras impresiones *xilográficas* (2): escribían en papel trasparente las páginas del libro cuya publicación se deseaba, pegaban estas páginas por el lado escrito en láminas de madera perfectamente pulimentadas, y después, con punzones agudos y cortantes, extraían la madera alrededor de los contornos de las letras, de suerte que apareciesen estas en relieve y en sentido inverso. Las mojabán luego con tinta secante—cuya especial confección su ministró Schoiffer—adaptaban sobre ellas papel humedecido y por medio de una presión vigorosa imprimían fácilmente las páginas preparadas (3).

Publicaron así, en 1456, la edición primera del *Catholicum Joannis Juanensis*, gramática latina hecha por el insigne humanista Juan de Génova; en 1457 apareció el *Speculum humane salvationis*, compendio de teología mística muy apreciado en aquellos días, del cual se conserva un ejemplar rarísimo, quizás el único que existe, en la biblioteca de los padres Celestinos de París (4); en el mismo año se dieron al público el *Psalmorum Codex* y el *Rationalis Divinorum Offitiorum Codex*, según afirma el crítico Maittai-

(1) *Annales Hirsangensis Abbatie* (Francofurti, 1583, por el célebre abad Triptmio, grande amigo de Gutenberg, 3 vol. fól.
(2) De dos palabras griegas que significan: *escritura en madera*.
(3) *Annales*, etc., y Mendez, *Typographia española* (Madrid, 1796, pág. 5.
(4) Mendez, *Typographia*, etc., loc. cit.

re (5), y acaso en 1458, si hemos de creer al muy erudito agustino español, fray Francisco Mendez, debieron de publicar los industriosos asociados la famosa carta *De Amoris remedio*—del elegante y laureado poeta Eneas Silvio, Pio II más tarde—de cuya edición se guardaba una muestra inapreciable en la selecta biblioteca de San Felipe el real de esta corte (6).

Pero las aspiraciones de Gutenberg eran más altas: quería imprimir la *Biblia* (7), ese libro divino de todas las épocas, cuyas páginas responden á todas las necesidades del alma, cuyos sanos consejos son bálsamos celestiales que cicatrizan las llagas más enconadas del corazón humano, cuyas palabras armoniosas son ecos suavísimos del Verbo Eterno, increado é infinito.

¿Cómo realizarlo?

«No hay que pensar—escribía á un su amigo el ilustre inventor de la IMPRENTA—en grabar sobre planchas de madera las mil y trescientas páginas que componen la Biblia, dos millones de letras que van colocándose unas tras otras para reproducir el Divino Texto.

«No hay que pensar tampoco en obtener las pruebas como las hemos obtenido en el *Speculum* y en el *Catholicum*, porque entonces no podría imprimirse en el reverso de la hoja, untada ya de tinta por el anverso, sino inutilizando este primer lado y destruyendo con la segunda frotación lo que se había impreso anteriormente (8).»

Y la impresión de la Biblia, á pesar de todos los obstáculos, era la bella esperanza que alimentaba el espíritu elevado de GUTENBERG.

Entonces fue cuando su imaginación fecunda adivinó los caracteres móviles, esa *litterarum movilitas* que había de ser, en opinión de Leibnitz, el eje esencial de la maravillosa máquina.

En efecto: de madera, de hierro y de cobre se fabricaron los primeros, siquiera fuesen defectuosos; mas bien pronto el asociado Pedro Schoiffer ejecutó los punzones, descubrió una aleación de metales cuyo secreto procuraba guardar cuidadosamente, y consiguió fabricar con ella caracteres y tipos de formas aceptables y más puras (9).

Las dificultades estaban allanadas.

Realizáronse los sueños de GUTENBERG, y á vuelta de algunos ensayos infructuosos y tentativas inútiles, la *Biblia* salió al mundo, impresa por vez primera, en el día 14 de agosto de 1462 de la Era Cristiana.

Más tarde se publicó el *Psalterium*, de David, y en 1465 el precioso libro *De officiis*, de Cicerón (10).

No tratamos ahora de presentar á nuestros ilustrados lectores una extensa biografía del inventor de la IMPRENTA, y debemos pasar en silencio los detalles de la fuga de GUTENBERG á Strasburgo, con motivo del inicuo proceso que le promovieron sus ingratos asociados, que abrigaron la pretensión indigna de arrebatarse su legítima gloria, publicando en la tirada primera de la *Biblia* la advertencia siguiente:—«Esta obra fue ejecutada por medio de una artificiosa invención de imprimir, sin el auxilio de la pluma, por Juan Faust, ciudadano, y Pedro Schoiffer, de Gernsheim. En la ciudad de Maguncia, año del Señor M.CCCC.LXII, en la vigilia de la Asunción de la Virgen María (11).»

De este modo poco noble pretendieron arrebatarse á GUTENBERG, sus indignos compañeros, el justísimo derecho que poseía á la admiración de los siglos futuros.

Pero la posteridad ha ceñido de laureles la frente del genio que, olvidado por los hombres en un humilde taller de lapidario, descubría el secreto de lanzar á las naciones con potente mano en la senda brillante de la civilización y del progreso (12).

II.

Intentaremos adivinar las causas, las inspiradas intuiciones, mejor dicho, que revelaron al ilustre maguntino la idea de la IMPRENTA?

Cuestión es esta demasiado oscura.

Hipótesis, nada más que hipótesis; nos ofrecen los profundos críticos que trataron algún día de hacer la luz en este desconocido asunto.

Dicen unos que GUTENBERG imaginó su descubrimiento al observar los pliegos de *naipes* y *estampas*

(5) Maittaire, *Histoire de l'Imprimerie*, vol. I, pág. 270.(6) Mendez, *Typographia*, etc., pág. 8.—Es muy curiosa la nota que dedica el sabio agustino á esclarecer este asunto.(7) *Primus liber qui exouderetur Biblia suere latina*, dice Juan Kollhot, escritor alemán del siglo XVI, en su *Vera Chronica Colonensis* (Aquisgran, 1581).(8) De cómo se inventó la imprenta cartas atribuidas á Gutenberg y publicadas en el *Album Typográfico*, París, 1840.(9) *Annales*, etc., y *Typographia*, etc., loc. cit.

(10) Faust y Schoiffer no hicieron mención de Gutenberg en la nota final de estas obras.

(11) Hé aquí la advertencia, copiada textualmente:—*Præsent hoc opusculum artificiosa ad inventionem imprimendi seu caracterizandi, absque calami exaratione, in civitate mogunt. sit efficitur... per Joannem Faust, civem, et Petrum Schoiffer de Gernsheim... anno Domini M.CCCC.LXII. in vigilia assumptionis virginis Mariæ.*—En las impresiones *xilográficas*, se lee el siguiente distico:*Præsent huc operi sit gratia neptomis almi; Me juvat et faciat complere quod utile fuit.*Véase *Typographia*, etc., loc. cit.(12) Un extracto del proceso, á que aludimos en el texto, puede leerse en *Annales* y en *Typographia española*.

que se imprimían en Colonia desde tiempos muy remotos, citando el erudito Heinekent aquella célebre imagen de San Cristóbal que contiene al pie una jaculatoria piadosa (13); aseguran otros que construyó todo el mecanismo de su invento é hizo luego la esencial reforma de los caracteres móviles, al examinar las grandes letras de relieve que empleaban los fundidores lorreneses para imprimir en los moldes de las campanas las inscripciones que ordenaban los obispos (14), y no faltan autores que recuerdan haberse encontrado por aquella época, á mediados del siglo XV, en las cercanías de Maguncia, antigua capital de la Germania, ciertos objetos adornados con letras y breves inscripciones, talladas en sentido inverso, de las cuales indudablemente se servían los antiguos romanos para señalarlas en sus papyros, á guisa de timbre que autorizase los escritos (15).

Bacon observa que la casualidad es la gran madre de importantísimos descubrimientos.

Un pastor de Asia, apoyando en una piedra el hierro de su cayado, dió á los sabios el *iman*, hasta entonces ignorado; Shuwart inventó la pólvora, porque una chispa extraviada inflamó de repente ciertos materiales que aquel había preparado con objeto bien distinto; Jacobo Mezzio descubrió el telescopio por haber mirado al través de dos vidrios cuya convexidad ignoraba.

¿Quién sabe si GUTENBERG—exclama Bacon—fue el hombre elegido por la Providencia para ser colocado cara á cara de alguna casualidad prodigiosa?

III.

Pero lo que no vió GUTENBERG, lo que no vieron sus contemporáneos, lo que no adivinaron siquiera los más profundos pensadores de aquel siglo, fue la revolución inmensa que habría de producir en el mundo de las ideas la peregrina invención de los caracteres móviles—de la IMPRENTA (16).

Levantábase una aurora diáfana y pura alrededor de la inteligencia humana, aletargada por la ignorancia en quince siglos y aturdida por el fragor de sangrientos combates; el horizonte estrecho de los conocimientos se agrandaría inmensamente, saliendo la ciencia del fondo de los monasterios adonde la habían relegado las edades pasadas, como si la erudición y las letras fuesen patrimonio exclusivo de una raza privilegiada; romperíanse por sí mismas las sutiles distinciones y trabas ridículas que se habían considerado, y aun se consideraban en mal hora, como axiomas inconcusos; se entregarían al libre examen, y á la conciencia y á la razón de todos, las máximas y las doctrinas que fecundaban el espíritu, las filosofías y las religiones que habían dominado y dominaban aun á los pueblos.

Esto venía á hacer la IMPRENTA, en medio del magestuoso movimiento literario que empujaba al mundo: época grandiosa y memorable en los fastos de la vieja Europa, en la cual, desde el centro de la Italia, y animado muchas veces con el brioso aliento de los soberanos pontífices—de Leon X, el fastuoso Médicis, sobre todo—se estendía por el mundo con rápido vuelo el esplendente Renacimiento: luz vivísima que había de hacer brotar, á través de los años, en la inteligencia de los pueblos las nobilísimas ideas, las sublimes aspiraciones á la libertad y fraternidad humanas.

E. MARTINEZ DE VELASCO.

BREVE NOTICIA DE ALGUNAS INVENCIONES.

Inventa Triptolemo el arado.

Invéntase el alfabeto, el vidrio y la púrpura en Fenicia. Por el genio comercial y navegante de esta nación se estienden al Asia, Europa y costas del Norte de Africa. No se puede calcular aproximadamente la fecha.

Computase por los sacerdotes egipcios el año solar.

Invéntase el juego de los dados en Lidia; el yunque y la palanca en Chipre; el cultivo del moral en China.

El griego Aristeo forma las primeras colmenas, 1,480 años antes de Jesucristo.

Encuéntranse minas de hierro en el monte Ida y empieza á trabajarse este metal, 1,440 años antes de Jesucristo.

Invencción de la lira de tres cuerdas, 1,399 años antes de J. C.

Invencción del mapa geográfico, por Museo, 1,340 años antes de J. C.

(15) Dice así la leyenda:—*Si diurne miraris hanc benedictam maginem, morte subita non morieris.*—Léanse, á propósito de esta cuestión, las consideraciones juiciosísimas de Heine Kent, acerca de unos pliegos de naipes antiquísimos, que se guardan en la Biblioteca Imperial de Francia. *Ideé d'une collection d'étamps.* (París, 1827), página 257.

(14) Mendez, *Thypographia*, loc. cit.(15) Así opina el crítico Daniel Schoephtintz, en sus *Vindiciae Typographiae*, tomo II, pág. 4.(16) Lo único que se le ocurrió al famoso Polidoro Virgilio, fue lo siguiente:—*Tantum enim uno d e ab uno homine litterarum imprimatur, quantum vix toto anno á pluribus scribi potest.*—*De inventionem rerum.* (Roma, 1576), lib. II, cap. II, fól. 215.



PLAZA DE ARMAS DE GUADALAJARA. (MÉJICO).

sido sin duda la que ha tardado más en desarrollarse. Con frecuencia buscamos en los siglos pasados las mejores producciones de las otras artes hermanas suyas, sirviendo á veces á los períodos mas remotos de la civilizacion europea, mientras las composiciones mas notables de la música pertenecen á la edad moderna, y su origen se remonta más allá de los últimos setenta ú ochenta años del pasado siglo. En la antigüedad aun entre los pueblos más cultos y civilizados, la música



EL PASEO DE LA FLORIDA, EN VITORIA.

consistía únicamente en la melodía, y su ejercicio se hallaba limitado por las facultades naturales de la voz humana, apenas cultivada artísticamente y por instrumentos muy imperfectos en su mayor parte. Pero la afición á la música procedía aun entonces de la complicación de efectos distintos; de la entonación ó variación; de los grados de gravedad y agudeza; de la modulación ó de la partida y vuelta á la llave principal; del ritmo ó divisiones en partes iguales y de los modos de espresion *staccato e legato*, *forte y piano*, etc. y de los varios movimientos propios de los diferentes sentimientos, desde el solemne adagio al alegre presto. Esta complicación de los elementos del placer se aumentaba con el uso de instrumentos que acompañaban al canto, en unisonancia al principio con la voz que llegó gradualmente al contrapunto, que á su vez aumentó y varió inmensamente los efectos de la música; hizo que se estudiase más y más el arte, elevó á numerosos experimentos en la acústica musical, y dió un carácter nuevo y más complicado á las producciones musicales. Inventáronse nuevos instrumentos y se mejoraron los antiguos; comenzaron á componerse acompañamientos para variar y mejorar el efecto de la melodía, usando diferentes figuras de entonación, y se reprodujeron los efectos de la orquesta apropiando diferentes instrumentos á designios especiales. Despues comenzó á cultivarse la armonía propiamente dicha, ó la reunion de las diferentes melodías en concordia armónica. Vinieron por último los grandes maestros, como Handel, Bach, Haydn, Morest, Beethoven, etc., que dieron á la música un carácter nuevo y completamente científico, empleando en su composición motivos propios del asunto de cada pieza particular, y arreglaron los diversos elementos del arte musical de una manera artística y metódica.

Estos grandes compositores elevaron así la música al nivel de sus hermanas las artes, pudiéndose incluir desde entonces por su sublimidad entre las que el gusto sin la educación, siente únicamente este ó el otro elemento de placer, mientras el gusto cultivado aprecia todos los elementos empleados y saca el más completo goce de sus hermosas producciones.

En este estado del arte los compositores encontraban toda la ayuda que necesitaban para la composición de la melodía en la verdad y la flexibilidad de la voz y del violín; pero para sus piezas concertadas y de orquesta no podían disponer de bandas de música. Para subvenir á esta necesidad, emplearon espinetas, claves y clavicordios, y algunas veces piano-fortes, que aun cuando instrumentos débiles y de no gran compás, llenaban muy bien su designio para ser generalmente adoptados por los compositores. El uso de esta clase de instrumentos indujo á su estudio á personas dotadas de capacidad especial para ello, y los compositores pagaron su deuda al instrumento escribiendo para él muchas de sus mejores composiciones musicales, y dando á la ejecución de estas producciones toda la estension que necesitaban para tocarse con el mejor éxito delante del público. La importancia que con esto adquirió el instrumento, influyó en su paulatina mejora, escribiéndose de nuevo composiciones muy buenas para él, y adaptándole todas las mejoras que se escribían para orquestas. De manera que los adelantos del arte y la perfección del piano tenían una mútua correspondencia hasta llegar á obtener el primer puesto entre todos los instrumentos de la música, tanto para las clases profesionales como para las más ilustradas de la sociedad.

Hace más de doscientos años que estamos en posesión de dos clases de instrumentos pequeños, el manicordio de forma cuadrada con cuerdas de violon, y la clave de casi la misma forma que el actual piano con cuerdas que se tocaban con plectros de pua ó pedacitos de cuero duro. La invención de la clave fue indudablemente en el siglo XVI, aunque no faltan autores que le dan una fecha más remota; pero ningun escrito anterior á aquella época hace mención del manicordio, la clave ni la espineta, predecesores del piano, aunque los posteriores los citan como instrumentos muy conocidos. Los autores se inclinan á que el clave fue inventado por los italianos quinientos ó seiscientos años hace, y luego le imitaron y perfeccionaron los alemanes y flamencos. Estos limitados instrumentos continuaron usándose con muy pocas mejoras hasta principios del último siglo en que en 1716 presentó Mario á la Academia de Ciencias de París una clave cuyas cuerdas se tocaban con martillos en vez de plectros. Este fué un gran paso que cambió enteramente la calidad y el carácter del tono del instrumento, y produjo lo que se ha considerado generalmente como el primer piano. Pero las nuevas invenciones, aunque muy superiores á las antiguas, tenían que vencer grandes dificultades, y estuvieron luchando medio siglo hasta obtener alguna ventaja. Los franceses suponen que inventó el piano en el siglo XVII un organista de París llamado Balbahe, otros creen que fue inventado en 1717 por Cristóbal Amadeo Schroter, organista de la catedral de Northaus en Sajonia, y que le perfeccionó más tarde Cristóbal de Padua. Diósele el nombre de pianoforte ó fortepiano, porque deja oír estos dos grados de espresion musical.

Qumpe en Inglaterra y Silverman en Alemania, establecieron en 1760 pequeñas fábricas de pianos, y co-

menzaron á competir con fortuna con sus acreditado rivales, estando fuera de duda que los adoptó y usó Haydu, que compuso seis sonatas espresamente para ellos. Gluck adoptó tambien el piano, y existe el instrumento construido por Juan Polhman en 1772, en que compuso su Armida y otras de sus mejores obras. El instrumento de cuatro pies y medio de longitud y dos de latitud, compasado con un piano moderno, es hasta insignificante é inútil, y cuesta trabajo concebir cómo pudo usarse para el objeto que sirvió hasta que se reflexiona en la grande importancia del compositor y la facilidad con que podia servir una orquesta para ensayar el efecto de sus composiciones musicales.

Sebastian Erard construía por el mismo tiempo pianos en Francia; al año siguiente presentó Stodart en Londres una combinación del clavicordio y el piano, y en 1783 Braduvod sacó un privilegio para la fabricación de pianos. Desde este instante el pianoforte hizo los mas rápidos progresos en todas las naciones de Europa, especialmente en Alemania, Inglaterra y Francia, siendo cada vez mayor el aprecio con que se miraba este instrumento. Desde 1780 hasta el momento, casi no ha pasado un año sin que se publique en Alemania algun privilegio para adelantos verdaderamente imaginarios, habiéndose hecho numerosos experimentos empíricos y sin importancia la mayor parte de ellos, pero algunos, especialmente en los últimos treinta años, verdaderamente científicos y de los que han resultado los adelantos y mejoras que gozamos hoy.

En 1786 sacó Gieb un privilegio para lo que se llama la acción del cigarrón, que se cita todavía en los pianos cuadrados, siendo en 1794 y 98 privilegiado Soutivell por una invención parecida. En 1809 Sebastian Erard, á cuyo genio es sin duda al que más debe el piano-forte, obtuvo un privilegio por la nueva colocación de las cuerdas que fue despues un adelanto muy grande y científico y se halla ahora adoptado generalmente. En 1819 Thom y Allen fueron privilegiados por los tubos metálicos de compensación que adoptó Stodart para el piano grande. Estos tubos fijados firmemente á un extremo, se hicieron movibles de un lado á otro para que pudieran contraerse y estenderse con los cambios de la temperatura. No tenían, como se suponía, ningun efecto compensador, pero eran muy eficaces para dar fuerza y ciertamente se la dieron muy grande al marco. En 1821, Pedro Grand reprodujo su primera acción de repetición, y en 1824 fue privilegiado por un sistema completo de abrazaderas de metal para el piano grande por medio de barras fijadas firmemente en ambos extremos á planchas de metal: tambien empleó un gran número de pedacitos de roble encolados juntos en un molde para formar el lado inclinado obteniendo así el marco tal aumento de fuerza, que permitía atar un alambre mas grueso en las cuerdas, en las que prescindió del bronce desde luego y empleó el acero á través de la escala, lo que fue seguido en 1827 para una nueva acción de repetición. Broaduud, Collart, Kirkman, Stervart y otros fabricantes han contribuido tambien en varios grados y en diferentes tiempos á los progresos del instrumento.

En los primeros años de este siglo se usaban dos sistemas principales en la fabricación de los pianos. Seguía el más antiguo por los ingleses y el más moderno en Alemania, por lo que se llamaba sistema de Viena. La diferencia consistía esencialmente en la acción, pues los ingleses eran de grande acción por lo general, siendo por desgracia desconocido su origen, y los de Viena inventaron una nueva acción, ideada, según parece, en Augsburgo por un constructor de órganos. La antigua acción grande daba un golpe más fuerte y producía un tono más llano y armonioso, mientras la ligereza de la acción del toque de los de Viena producía mayor facilidad de espresion y dió origen, por lo tanto, á que se adoptase por los pianistas mas eminentes de aquel tiempo. No debe extrañarse que consideremos la inmensa importancia de la acción del piano para producir los elementos de espresion que son peculiares al instrumento. Entre la mente del compositor que concibe que la cuerda que espresa esta concepción con su sonido hay una doble acción mecánica, la una pertenece al que toca con sus dedos y muñecas, la otra al piano en la parte que pone las cuerdas en movimiento. Nunca dos pianistas tocan del mismo modo el instrumento, esto es, nunca tienen la misma acción mecánica en los dedos ó producen los mismos sonidos y la diferencia en el estilo y grados de perfección del pianista se debe mas á esto que á ninguna otra causa. Es por lo tanto evidente que la parte del piano que continúa la acción de los dedos y completa la conexión entre la mente del pianista compositor y las cuerdas del instrumento, debe tener una delicadeza y una fuerza que corresponda en lo posible á las de la mano que toca. Toda diferencia en la acción del piano dará una diferencia correspondiente en el tono y la espresion, y de aquí que esta parte del instrumento haya sido considerada en todos tiempos, y no sin razón, como de superior importancia, no solo por los grandes pianistas de profesión sino por los aficionados mas inteligentes. Ahora, sin embargo, poseemos una acción inventada últimamente por Sebastian Erard, que da un golpe mas poderoso que la antigua

sacción grande que tiene un efecto más rápido y delicado que la antigua acción de Viena, combinándose así las ventajas de ambos sistemas.

Para dar una idea del grado de perfección á que ha llegado en la actualidad la construcción de los pianos, describiremos uno de los mejores de Mr. Erard. Este instrumento es de 8 $\frac{1}{4}$ pies de longitud y de 4 $\frac{1}{2}$ en su mayor anchura: su marco es de una fuerza enorme comparado con los instrumentos de los tiempos anteriores, habiendo sido fijado firmemente con madera por debajo de las cuerdas, teniendo un sistema completo de abrazaderas metálicas debajo de las cuerdas, terminado para mayor seguridad en barras longitudinales sujetas con metal por sus extremos y hallándose al lado curvo formado por un gran número de piezas encoladas en un molde para asegurar la duración y fijeza de la forma. Su tabla se estiende por el marco hácia todos lados, escepto en el lado dejado para la acción. Las cuerdas son de acero y de bronce tan delgado, que la tensión necesaria para conducir las á un sitio propio, produce un nuevo sonido igual á los doce sonidos graves mientras pasan á través de los agujeros abiertos en la chapa metálica de refuerzo, dando así á las cuerdas una posición hácia arriba que impide la menor separación del punto de contacto por un esfuerzo cualquiera de los martillos y el sistema de colocar las cuerdas en el instrumento determinado por cuidadosos experimentos acústicos, hace que se las hiera en el punto preciso del modo que produce el tono más puro y claro. El compás se estiende á siete octavas de A á A. El objeto de este instrumento es llevar desde el punto en que el dedo obra sobre la tecla al que el martillo obra sobre la cuerda toda la delicadeza de acción del dedo, de manera que el piano pueda participar en cierta estension de esa sensibilidad de toque que se observa en el aspa, y que es la consecuencia del dedo operando inmediatamente sobre la cuerda sin la intervención de ningun otro mecanismo. La fuerza de este instrumento proviene de la cantidad de materia puesta en vibración, el eco ó la perfección de aquella vibración tiene por origen las proporciones correctas de sus partes, y el cuidado de la entonación depende de la naturaleza de la construcción: las proporciones de las cuerdas y su arreglo, en lo que se refiere al golpe del martillo, son de lo más admirable, mientras que la acción producida por el mecanismo peculiar empleado, casi escede á todas las del mismo género, pues permite comunicar á las cuerdas todas las formas mas armoniosas que puede espresar la práctica de la mano, y llega, por decirlo así, á ser una forma de sí misma, reflejando todos los movimientos desde el mas violento al mas dulce y los sonidos mas delicados. Esta acción es en realidad tan perfecta, y en particular en su aptitud para las repeticiones delicadas, que si se pierde alguna nota en la ejecución, es por culpa del que toca y no del instrumento. Algunas personas tienen una idea muy inexacta de la facilidad de espresion que posee el piano; lo cierto es, sin embargo, que posee casi todos los medios de espresion que son peculiares á los demás instrumentos y de otros que le son propios, por la circunstancia de que las varias partes de la música adaptadas al instrumento son producidas por la misma mano y el mismo sentimiento. Hay, sin embargo, una gran diferencia de volumen, de tono y de efecto según el modo de tocar las teclas y el uso de los pedales en un instrumento especialmente de gran poder, hermosa calidad de tono y delicado mecanismo en la acción.

La construcción de pianos es un ramo de comercio de la mayor importancia por la buena posición de sus principales fabricantes y el gran número de trabajadores que de ellos dependen. En todas las ciudades del mundo civilizado hay muchos constructores de pianos y en las capitales de Europa de segundo orden, no faltan fabricantes en pequeño, pues el aumento del número de pianos comparado con la población, es mayor cada año, circunstancia que no se observa con respecto á los otros instrumentos de música. Esto se halla corroborado con el hecho de que hace algunos años la música de piano constituía únicamente una parte muy pequeña de un almacen de música, mientras ahora llena más de sus tres cuartas partes y es su principal negocio. El número de profesores es tambien inmenso y con frecuencia enseñan señoras que encuentran en este ejercicio un medio decoroso de sostenerse.

La importancia social del piano es sin duda mucho mayor que la de ningun otro instrumento de música. Uno de los cambios mas notables en los hábitos de la sociedad conforme la civilización avanza, es el que se refiere al carácter de sus diversiones. Hace poco, todas, casi todas las distracciones se buscaban fuera de casa y en público, ahora con la mejor educación, la mayor parte se encuentran dentro del círculo de la familia, siendo uno de los medios que mas contribuyen á este fin la música de piano. En los círculos mas distinguidos de las ciudades aumentan los conciertos particulares diariamente y el piano es su principal instrumento.

En muchas partes de Europa el piano constituye la principal distracción de los que viven en el retiro ó entregados al estudio. Aun los buques que hacen lar-

Los viajes cargados de pasajeros, se ven obligados por las costumbres de la sociedad á llevar pianos, conservando en medio del Océano algunos de los gozos domésticos.

Muchos que no van nunca á la ópera ni á los conciertos, llegan á familiarizarse con las mas escogidas composiciones dramáticas y de orquesta por el uso del piano. Su influencia se extiende á todas las clases: mientras algunas ciudades carecen con frecuencia de orquesta, las familias poseen el mejor de los substitutos posibles para conocer y ejecutar las composiciones mas sublimes. El estudio del piano y la aplicación necesaria para manejarle convenientemente puede y debe obtenerse por medio de grandes mejoras en los hábitos de la educación general y del gusto de los aficionados, ejerciendo casi una influencia elevada para aumentar ese elegante y refinado placer que proporciona este instrumento. —(Traducción del original).

S. B.

ALBUM POETICO.

LA VERDAD.

Cien lóbreas nubes ansiaron un día
Del rey de los astros la lumbré negar,
Y al mundo diciendo que el sol no existía,
Con lúgubres mantos de negros vapores
Sus ígneos fulgores
Audaces pudieron al fin eclipsar.

Afan necio y vano; que velo tras velo
La luz bienhechora triunfante pasó;
Y grata, aunque tibia, llegando hasta el suelo,
Fecunda mostraba su noble victoria,
Y el mundo la gloria
Del rey de los astros cual siempre aclamó.
El luego rasgando las húmedas nieblas
Patente aun más hizo su inmensa bondad.
Pasad, dijo en breve, que sois, oh tinieblas,
Imágen horrible de audaz impostura:
¡Yo soy la luz pura!
¡Pasad presurosas! ¡Yo soy la verdad!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

¡MÍRAME!

Cuando tus negros ojos
Me dirigen su límpida mirada
Y el fuego que despiden
Mi corazón abrasa,
En medio de la pena
Que destroza mi alma,
Un raudal de ventura
Que envuelve su luz nítida la baña.

Aunque tú no me quieras,
Mírame, vida mía, que mi alma
Por tu desden herida
Recobra así la calma;
Y aunque solo un momento
Consiga recobrarla,
Ese momento solo
Toda una eternidad de dolor paga.

JOSE PUIG PEREZ.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(TRADUCCION.)

I.

LA TABERNA.

Las once de la noche acababan de sonar en las iglesias de Petersburgo; un ruido confuso de cascabeles, de ruedas y de voces se oía aun en la calle mas frecuentada de la ciudad, la *Perspectiva-Newski*, cuya iluminación formaba dos continuadas líneas de fuego; las ventanas de las casas dejaban escapar maravillosos ramilletes de luces. La multitud desbordaba en los muelles y en las plazas, llevando detrás un largo rastro de sombra, iluminada en ciertas partes por la llama de las faginas encendidas, por esta noche solamente, delante de las capillas y de las imágenes. Un *drowski* tirado por cuatro caballos se detuvo á la puerta de una taberna de pobre apariencia situada cerca del Almirantazgo.

El tiro de este carruaje se resentía, á la primera inspección, de las fatigas de una larga jornada; los caballos estaban cubiertos de espuma, los arneses maltratados y el largo vestido del cochero desgarrado por muchas partes; en una palabra, se conocía perfectamente que era ya tiempo de que los dueños del ligero vehículo se detuviesen en la taberna de San Nicolás, aunque fuese únicamente para descansar ellos y los pobres animales una buena parte de la noche, sin perjuicio de continuar despues su viaje, si se dirigían más allá de Petersburgo.

Los dos hombres que bajaron del *drowski*, entraron en la taberna dirigiendo una mirada indiferente sobre la multitud que los rodeaba; en seguida se colocaron ambos en un ángulo de la sala comun apoyándose en una pequeña mesa de encina, mientras que el tabernero daba de beber, como de costumbre, al autómata sentado todavia en el puesto que ocupara durante el viaje.

Cuando éste bajó del pescante, lo que le costó bastante trabajo, el señor Isaac Klinno, propietario de la taberna de San Nicolás, casa de postas, pudo ver á la claridad de su farolillo un pequeño viejo cubierto de pieles, cuyos ojos de gato se fijaban en los suyos con una desconfianza bastante pronunciada. Este furtivo exámen duró poco tiempo, porque habiéndole reconocido Isaac, le llamó por su nombre. Los dos se alargaron entonces las manos cordialmente y dirigiéndose hácia la cuadra con los caballos, entablaron muy pronto una conversacion amigable. El mesonero viendo al viejo tan cansado, se encargó él mismo de dar el pienso á los corceles, dejando escapar algunas señales de admiración.

—Vuestros amos son locos, querido Gregorio, ¿ó piensan que el *drowski* es un carruaje capaz de resistir los malos caminos? Ni siquiera traeis postillon, por lo que veo. ¿Cómo ha sido eso?

—Por una razon muy sencilla,—respondió Gregorio, sacudiendo el polvo que cubría su traje de un color gris de gamuza,—el pobre diablo ha muerto en Ishora, en la última parada. ¡Ah! ¡cuando la suerte se empeña!

—Debias correr entonces como el viento, ¡bondad del cielo! para que Ivan, nuestro mejor y más diestro postillon, fuese á dar así de narices en la nieve.... en vispera del domingo de Pascua... el último día de Cuaresma. ¡Pobre Ivan! ¡Nunca dejaba de comprar los huevos en mi casa! Ya sabeis, Gregorio, esos magníficos huevos encarnados que mi hija Irma presenta siempre á los viajeros. ¡Oh! ¡Mi querida niña se va á poner muy triste cuando lo sepa!

—Mi jóven señor ha pagado á Ivan quinientos rublos,—replicó Gregorio levantando la cabeza con altivez,—y además le ha dado al padre una sortija que vale el doble. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que los caminos estén malos? Conozco sin embargo que eso es muy triste,—continuó el viejo,—y aunque yo no crea en los presagios...

Los quinientos rublos y la sortija habian hecho preciso es decirlo, una súbita impresion en el tabernero Isaac; porque se apresuró á dejar á Gregorio diciéndole:

—Esperadme, soy con vos al instante; temo que esos caballeros se cansen de aguardar.

Y corrió hácia la sala en donde los dos viajeros se hallaban sentados delante de una mesa.

Los que hayan podido ver algunos dibujos del pintor Burloff representando interiores de *cabak* rusos, podrían únicamente formarse una idea de la habitación en que entró Isaac. Una alegre concurrencia la llenaba ya y cierto olor acre anunciaba de lejos esta misma muchedumbre. La reunion se componia de labradores más bien que de habitantes de la ciudad: los capotes de simple cuero dominaban allí. El traje de estos hombres no dejaba de ser original y pintoresco; y su sayon encarnado ó azul sujeto con el cinturón tradicional, sus cabellos largos de los lados y cortados al rape en la nuca, sus espaldas de atletas y su mirada singular, hubieran llamado particularmente la atención de un viajero llegado de Francia; pero el digno dueño del meson de San Nicolás ni se detuvo siquiera á contemplar este rebaño conocido y se dirigió en línea recta á los dos nuevos huéspedes que el cielo le enviaba.

En medio del humo que oscurecía este chiribitil, decorado con el nombre de meson, Isaac pudo distinguir dos personajes de estatura casi igual; ambos tenían la barba elegantemente recortada y peinada; ambos llevaban un caftan carmesí ceñido con un cinturón de seda verde.

El de más edad no pasaba de treinta años: su largo traje persa escotado dejaba entrever un cútis de un color ligeramente ambarino, y sus largos cabellos negros formaban un cuadro maravilloso al óvalo de su semblante. La espresion de sus facciones era á la vez desdenosa y temeraria; su talle flexible y delgado anunciaba un hombre acostumbrado desde edad temprana á todos los ejercicios corporales. Se habia entretenido en desplegar una baraja de naipes sobre la mesa y mezclaba las cartas distraído, dirigiendo con frecuencia una mirada á su compañero.

Este, abandonara su asiento y tenia fijos sus ojos con extraordinaria atención en los cristales de una ventana baja de la taberna, al través de los cuales se veía reverberar en el cielo el resplandor de las hogueras que ardían en muchos sitios de la ciudad. Ya se divisaban unas placas de encarnado subido como la sangre, ya espacios teñidos de nácar y de ópalo; se diría que el cielo del Norte reflejaba el de los trópicos. Ligeramente vaporoso como un sueño el humo de estos incendios se dividía en menudos copos deteniéndose algunas veces sobre las flechas de las torres de los templos, mientras que otras era arrojado al fondo del cuadro por un viento algo vivo. Las conversaciones entabladas alrededor

del viajero que nos ocupa, la diferencia de idiomas y de costumbres, no pudieron arrancarle de su silenciosa contemplación.

El rostro de este visionario original inspiraba desde luego cierta turbación indefinible; un fuego sombrío, ardiente, se cobijaba en sus ojos rodeados de pestañas negras como las alas de un cuervo, que una lágrima esmaltaba en este mismo momento á manera de una perla suspendida de ellas. Su juventud, y no contaba más de veinte y cinco años, se habia agostado en flor segun lo indicaba el color pálido y enfermizo de sus mejillas, las precoces arrugas de su frente y el temblor febril que le agitaba continuamente. Su fisonomía extraordinariamente bella y varonil reunía á la pureza de las líneas cierta cosa de solemne y doloroso; debiendo creerse que lo mismo y con igual facilidad se vería aparecer en ella la ternura que la cólera. Lo que sorprendía particularmente en este jóven era la vaguedad de sus miradas, que podia dar lugar á que se le juzgase tal vez presa de la exaltación ó de la locura. Isaac le contempló un instante y sintió miedo; sin embargo se resignó á acercarsele.

—¡Tú no crees en la magia, querido Andrés!—exclamó en este momento el otro viajero, interrumpiendo el juego en que estuviera ocupado hasta entonces. —¡Si vieras qué jugada sorprendente! Mira, apuesto á que desde mi llegada á Petersburgo todo va á sonreirme.

Andrés alzó los hombros, mirando como Isaac se acercaba hácia él.

—¿Qué me quereis? ¿qué se os ofrece?—dijo al posadero con aire incomodado.—No me gustan las preguntas, os lo prevengo.

—¡Déjale!—interrumpió su compañero al ver á Isaac.—Hé ahí, mi querido Andrés una figura bien original. ¡Se parece á este rey de bastos que tengo ahora delante! Aunque portugués, no soy, á fe mía, orgulloso, y presumo que este buen hombre con su gorro en la mano, nos dará más noticias sobre el estado actual de la corte que tu doctor Almann...

Andrés no escuchaba; estaba contemplando un retrato colgado en la pared de la sala, cuya pintura se veía oscurecida por la espesa atmósfera que allí se respiraba. Era el retrato de la reina Catalina II. Las moscas y el hollín la habian desfigurado de tal manera, que venia á ser casi imposible encontrar las facciones de la jóven y hermosa Sofía de Anhalt en aquella pintura que, á lo más, databa de la primera aparición de aquella princesa en la corte de Isabel. La esposa de Pedro III estaba retratada en traje militar, empuñando su blanca mano la espada de mando, se podia decir que era un coronel recorriendo las filas de sus guardias y con su propio uniforme. Se traslucía un carácter alegre y caprichoso en su frente exenta aun de cuidados, de crímenes y de remordimientos; su boca sonreía y sus ojos parecían iluminados por una llama magnética. Seguramente este retrato debia haber sido dibujado por algun artista que recordase quizás la infancia de Catalina pasada en Stettin, en la Pomerania rusa; pues la elegancia y la frescura natural descollaban en aquella fisonomía de rara belleza, y hacian pasar á la emperatriz por una simple y linda vasalla de su imperio. Ningun pliegue arrugaba su frente, ninguna tempestad moral agitaba su pecho. La misma Irma, la dulce é inocente hija del señor Isaac, hubiera podido llamarla hermana suya.

El jóven que estaba mirando este retrato, lo sujetaba, á pesar de todo, á un exámen minucioso y reflexivo...

Sin mucho trabajo sus ojos investigadores consiguieron levantar la oscura capa de polvo y de humo que cubria el lienzo, y lo examinaba con extraña avidez...

Entre tanto su compañero habia guardado en el caftan la baraja y se preparaba é conceder audiencia al mesonero. Grande fue la sorpresa de Isaac cuando este desconocido le invitó á cenar con él muy formalmente. Retrocedió un paso y se tocó el cuerpo como para cerciorarse de que no estaba durmiendo; pues semejante proposición le causaba el efecto de un sueño. Pero nuestro portugués no era hombre que pudiese dejar á nadie presa de la incertidumbre; de modo que decidió la cuestión haciendo sonar delante del dueño de la taberna de San Nicolás una bolsa dotada de cierta plenitud muy agradable. Se presentaba, sin embargo, á la consideración de Isaac un obstáculo que era el temor de desagradar á sus huéspedes ordinarios sentándose de buenas á primeras á la mesa de un hombre que se parecia extraordinariamente á un señor; por lo tanto, procuró, valiéndose de todos los medios posibles, animar al portugués á fin de que pasasen á otra habitación particular contigua á la que entonces ocupaban. Pero don Tello de Aguilar, este era el nombre del extranjero, le hizo observar que en todo su viaje habia estado subordinado al carácter especial de su amigo; é indicándole con el dedo al condé Andrés Stefanoff, su compañero, que no separaba ni un momento los ojos del consabido cuadro, le suplicó fuese á advertirle que la cena estaba preparada. Encargóle además que si el doctor Almann, á quien Isaac conocia sin duda alguna, viniese en aquella noche á preguntar por ellos, se le condujese en seguida á la me-

ESTABLECIMIENTOS PUBLICOS.



—A ver si me hace usted una obrita con este frac.
—¡Malejo está! ¿querrá usted que le eche tapa de cuello?
—¡Cá! no señor; quiero que me haga usted un gaban.



«Esta solo silbe para de cirlea Vd co momequedado biuda en lo mejol de mieda ien biltu de esto me ara V. ella bol de mandarmedos pesetas.

sa donde se hallaban. Dicho esto, no perdió de vista al tabernero, que muy embarazado con la comision que tenia á su cargo, aunque bien sencilla se encontraba lleno de confusion. El tono brusco é imperioso del conde Andrés Stefanoff le imponia tal respeto, que juzgó oportuno recurrir esta vez á un intermediario que probablemente seria más afortunado. En consecuencia tocó una ligera campanilla de cobre que estaba sobre el mostrador, y á esta señal una jóven de diez y seis años, Irma, la hija querida del buen Isaác, se presentó tímidamente en una de las puertas de la sala.

—¡Oh! ¡Qué hermosa niña!—exclamó don Tello apenas la percibió.—¿Cómo pudo nacer semejante flor entre las grietas de este miserable albergue? Su aire un poco salvaje me agrada infinitamente más que el de las aldeanillas de Quelus y de Mafra, y en cuanto á belleza vale, á fe mia, tanto como nuestras portuguesas!

Al concluir este madrigal, que en otra ocasion hubiera halagado á lo sumo el orgullo del tabernero, don Tello cogió su lente y examinó de cerca á la bella hija de Isaác.

Aunque nacida bajo el frio cielo del Norte, Irma estaba dotada de una belleza pura y límpida; en todos sus movimientos rebotaba la gracia y la soltura.

Estaba vestida con el traje nacional de las muchachas rusas, y llevaba al brazo un gracioso cesto de junco lleno de esos huevos que todo habitante de Petersburgo considera como un deber comprar la víspera de Pascua segun antigua costumbre. Don Tello admiraba todavía el perfil griego de la jóven y el encanto de sus ojos aterciopelados, cuando, en virtud de una indicacion de Isaác se acercó aquella á Andrés.

El conde no pudo contener un gesto de sorpresa á la vista de la hermosa muchacha; sacó un bolsillo cerrado con un precioso nudo de turquesas y se lo ofreció á Irma.

—Hé aquí más de lo que hace falta, caballero, para pagar los huevos de Pascua á toda esta gente,—respondió ella ruborizándose.—¡Que el Cristo resucitado sea con vos!

Esta fórmula bíblica, usada en tiempo de las fiestas pascuales, produjo en el portugués un cándido asombro.

—El señor es extranjero, bien se conoce,—dijo Isaác colocando sobre la mesa la cena compuesta de varios pescados y de bizcochos;—y por consiguiente tendré mucho gusto en ponerlo al corriente de nuestras costumbres. La víspera del santo dia de Pascua, es entre nosotros el anuncio de una alegría universal. Nuestra

fiesta de las *Manzanas* (1) no vale nada comparada con ésta, y es el tabernero Isaác quien os lo dice. La solemnidad que hoy celebramos, admiramos, tiene el privilegio de hacernos á todos iguales, aunque solamente por algunas horas. ¡Esto es hermoso, magnífico, en un pais de castas como la Rusia con el huevo que veis aquí,—y el viejo cogió uno de los que habia en el cesto de su hija,—todo ruso, cualquiera que sea su rango, cualquiera que sea la longitud, la aspereza y la anchura de su barba, tiene el derecho de abrazar y besar á la mujer que encuentre por encantadora que sea...

—¿Será posible? interrumpió don Tello con admirable candidez.

—Y es tal el imperio de esa costumbre,—continuó Isaác sonriéndose de la sorpresa del extranjero,—que, mientras duran las fiestas, la misma emperatriz no podría eximir sus mejillas de este tributo si se la encontrase en las calles de Petersburgo.

—¡La emperatriz!

—¡Sí, la emperatriz, nuestra buena madre! ¡Ah! no creais que es tan bella como parece en ese retrato, ni tan jóven tampoco,—prosiguió el mesonero bajando la voz,—pero, sin embargo, es muy hermosa todavía. Ella misma ha sido, mi noble señor, quien me ha dado en cierta época ese cuadro, en cambio de un servicio que le he prestado. Pero estoy charlando aquí en vez de reunirme á mi viejo amigo Gregorio, vuestro mayordomo ó vuestro cochero que estará impaciente. Es preciso tambien, ya que de tan buena voluntad me convidásteis, que probeis mi mejor vino, el cual conseguirá tal vez dulcificar el negro humor de vuestro compañero. Os dejo con mi hija, rogadla que cante entre tanto una de esas canciones eslavas que ella sabe tan bien...

Y el mesonero desapareció dejando á don Tello muy pensativo. Hacia algunos segundos que el jóven portugués no le escuchaba ya; reflexionaba y contemplaba con atencion marcada el retrato de Catalina.

¿Qué era lo que pasaba en el corazon de don Tello? Ninguno, á no ser el pudiera decirlo; lo cierto es que su mano, por un movimiento maquinal, buscó en seguida el cesto de huevos de la bella hija de Isaác.

Irma se puso colorada como una cereza, y presentó ella misma al portugués un huevo que escogió en su cestillo.

(1) Esta fiesta tiene lugar el 6 de agosto, y los rusos de la clase baja se entregan en ella á tales excesos que muchas veces les cuesta la vida su intemperancia.

—¡Ah! os cogí,—exclamó don Tello saliendo de su meditacion, y con un movimiento tan rápido como un relámpago;—tengo vuestro huevo, hermosa, y os abrazo.

Irma se defendió mal y dejó á la disposicion del portugués una mejilla tan fresca y aterciopelada como las paviás de los jardines de Peterhoff.

—¡Vaya una invencion admirable!—continuó don Tello;—¡que se diga despues que los rusos no tienen ingenio! Cuando vuelva á Lisboa, me ayudareis á poner de moda esta costumbre, ¿no es verdad, mi querido Andrés? ¡Bueno! ¡Arrugais el entrecejo! No sé por qué. Este es un juego de vuestra patria, y un juego bien inocente. En Portugal tenemos ricas naranjas y por poco que la moda consiga darles el mismo valor que aquí á los...

—Silencio, don Tello,—dijo en voz baja Andrés Stefanoff; no estamos aquí en mi *datscha* (2) cerca de Moscow. ¿No os haceis cargo de que esta taberna está sembrada de espías de la chancillería?

—¿Y qué?

—¿Y qué? que haceis muy mal en llamar la atencion sobre vos. ¿Qué necesidad habia de convidar á ese necio mesonero? ¿No ha sido ya bastante el abrazar á su hija como hubiera hecho un marqués de comedia? En este pais, don Tello, la libertad de hablar y de obrar es tan rara como el sol. Cuidad, os lo suplico, de vuestra lengua, y ya que no querais acceder á ello por vos, hacedlo por mí á lo menos. El doctor Almann no puede tardar en venir; él ha sido y no yo quien ha elegido este sitio para nuestra entrevista. ¿No os parece que se respira aquí mal, y que hay en la atmósfera cierto olor de crimen y de sangre? Bajo el sayon de esos hombres vendidos á un favorito por algunos rublos, se oculta frecuentemente el puñal.

(2) Castillo.

(Se continuará.)

R. CAULA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Italia es la cuna de las bellas artes.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILÉN, NÚM. 4.—MADRID, IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG.